



Alberto Miralles.

nuevos públicos, etcétera— y de la Generación Realista en los años de franquismo y por el modo de llevar adelante, en unas circunstancias distintas, que exigen una respuesta política y estética también distinta, el discurso y la lucha de tantos años. Miralles procura en este punto no caer en ninguno de los dos extremos: ni reniega de lo que fue necesario y meritorio hacer ni lo eleva a categoría de norma.

Ya no está tan claro si Miralles no cae en cierta extremidad al encerrar un poco la moderna historia del inconformismo teatral español en el área de los grupos independientes y de los autores marginados. Los mismos Cátares, unidos al Bululú, colaboraron activamente en el "Marat-Sade", de Weiss, uno de los grandes espectáculos del teatro "comercial"...

En esta cuestión, mi perspectiva no concuerda del todo con la que expone Miralles en su libro. Pienso yo que el hecho teatral tiene dimensiones polivalentes; y que siendo igualmente "comerciales", si nos atenemos a su estructura empresarial, los montajes de "Marat-Sade" o "Las criadas" y el de "Enseñame tu... piscina", su función social ha sido radicalmente distinta. Más aún: que en la historia del teatro español de estos años ha sido más importante, ha proyectado más su actitud sobre la sociedad española un autor como Buero, representado en estructuras "comerciales", que otros autores tristemente sometidos al régimen de

catacumba en formas de producción mucho más justas. Son cuestiones que no pueden simplificarse. Que el teatro independiente entraña una forma de producción y una práctica "ideológicamente" superior es evidente. Es cosa sabida sobre la que no vale la pena escribir cartas a los periódicos. Pero entre "Enseñame tu... piscina" y la representación en un Colegio Mayor hay una serie de escalones, de grados de contradicción, una de cuyas últimas manifestaciones ha sido el estreno de "La hija del capitán" en el María Guerrero. ¿O es que a ese hipotético espectador medio habrá que decirle que no vaya porque se trata de una empresa privada, protegida por un calculado gesto de la Administración?

El mismo Miralles, al defender la necesidad de un teatro que solicite la respuesta participativa, dice que, de no hacerse así, "estaremos recluyendo el teatro en unos límites de 'ghetto' cultural y matando la vida". Ese puede ser un gran principio. Porque salir del "ghetto" no supone aceptar las estructuras que lo oprimen, sino aceptar su importancia, su fuerza sobre la mayoría, y corregirlas, ensuciándose las manos.

■ JOSE MONLEON.

NOTA: En el libro se me cita con profusión y generosidad. Sólo en una ocasión se me cita Miralles conmigo, aludiendo a la crítica que hice en TRIUNFO de "El cementerio de automóviles", de Arrabal, precedida de unas líneas en las que, según él, "pretendía justificar su (la mía) vinculación a la empresa que había inventado el negocio de los autores exiliados". Si aconsejar a Corral de Comedias que organice un ci-

clo con Arrabal, Alberti, Noya y Rodríguez Méndez era "inventar un negocio de autores exiliados", tuve en sílo mi parte, aunque ni Noya ni Rodríguez Méndez eran "exiliados", ni el negocio permitió, por ruina del empresario, llegar a estrenar "Mor de otoño", cuyo "avalor" había sido pagado. En cuanto a la necesidad de justificar ese consejo, ni la he sentido entonces ni después. Y en cuanto a ese preámbulo, me pareció imprescindible, por tratarse de una crítica, advertir al lector que yo consideraba el estreno de Arrabal una conquista de la escena española, habiendo intervenido en ella siquiera modestamente. Por ser una referencia del libro a la misma revista en que se publica este comentario, me parece necesaria la aclaración.



El ejemplo de Segovia

En Sacramenia (Segovia) había un monasterio cisterciense edificado en los siglos XII y XIII. Fue declarado monumento histórico-artístico en 1931; pero once años antes, en 1920, habían vendido a Estados Unidos el claustro y la sala capitular. Desmontados piedra a piedra y embalados, estuvieron así treinta años. Luego, a principios de los cincuenta, montaron claustro y sala capitular en Miami (Florida, USA), lugar casi tan indicado para un monasterio cisterciense como el velazqueño fondo de la montaña del Príncipe Pío para el faraónico templo de Debod (¿por qué no se llevó a Elche, por ejemplo?).

Lo que en Sacramenia queda de convento es propiedad privada y no se puede visitar.

Por llevarse, los americanos se llevaron hasta los muertos. Así fue cómo compraron los sepulcros góticos de los Duques de Albuquerque, del convento de San Francisco en Cuéllar.

En la provincia de Segovia hay más de doscientas iglesias románicas, hay airozas espadañas (construidas en los siglos XVII y XVIII en iglesias medievales que no tenían campanario), artesanos, conjuntos arquitectónicos de inmenso valor, arquitectura de uso industrial como la fábrica de Cristales de La Granja, un insólito campo de polo (también en La Granja), paneras, esquilos, molinos, puentes, pegeras (para hacer la pez), potros de herrar, etcétera. Toda una riqueza monumental y artística, que nunca falta en la región castellano-leonesa y en todas las regiones (y nacionalidades) españolas. Pero éste es un patrimonio amenazado, expoliado, indefenso...

La exposición celebrada en los locales del COAM (Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid) sobre el patrimonio artístico de Segovia y su provincia es un paso para su defensa, pues conocer es defender. Los patrimonios artísticos pasan, según Álvarez Mora, coordinador del servicio histórico del COAM, del abandono a la mercantilización. A veces, la depredación es más inmediata y menos mercantil, como en esos sillares graníticos de los potros de herrar que se arrancan por

Ermita de las Nieves. Rebollo, Segovia.



Cultura a la contra

El retorno de los brujos

Detrás de cada pensamiento consciente acechan monstruos: seres de origen oscuro y cualidades imprecisas, que acechan cualquier oportunidad para manifestarse. Fuerzas extrañas, buenas o malas, dispuestas a asomar la oreja en cuanto los censores oficiales —el famoso "superego", del que tanto nos hablan los freudianos (todavía quedan), pero también los censores de carne y hueso, de horca y cuchillo— se descuidan. El pensamiento mágico está ahí, el mundo del misterio se hace medio visible, siempre velado púdicamente en sus partes más íntimas por el velo de Isis.

Dicen que vivimos una crisis de la religión, y no hay nada más falso: la que está en crisis —y tampoco mucho— es la religión oficial, la de Roma. Y es que veinte siglos de catolicismo, de sujeción a un solo yugo de irracionalismo, son demasiado. La gente busca cambios, sigue modas, en esto de la religión como en todo. Y empiezan a proliferar sectas, cultos, paraciencias y pseudomisticismos. O misticismos de verdad, que es lo mismo, sólo que un poco más tonto: hay agnósticos, sufis, rosacruces, adoradores de Satán, neopaganos vestidos con túnicas blancas que cada amanecer arrojan rosas rojas en cierta fuente del Parque del Oeste... Sin contar con los astrólogos, echadores de cartas, lectores de manos y otros augures; ni con los adoradores de platillos volantes, que buscan su salvación en las inmensas operas que surcan el cielo viniendo de Ganimedes más o menos.

Lo malo de los brujos es que todos quieren salvarnos. Lo malo de los que creen en brujos es que todos quieren salvarse. Deseo muy comprensible, desde luego, si nos ponemos a considerar lo mal que está el mundo. Lo malo es que siguen un camino equivocado, son como yanquis de la salvación. Son uno de los vestigios del jipismo que no muere; cambian de casa obligatoriamente cuando Saturno está en oposición con Marte, por ejemplo, y se van de viaje porque se lo aconseja su guru. Siguen miles de reglas y de fórmulas, y obedecen a más mandamientos que los de la Santa Madre Iglesia. Para eso, podrían haberse quedado en su seno materno. Cunde más ser del Opus que ser masón, aunque yo no pueda evitar el tener una cierta simpatía por estos últimos. Los masones sí que no son brujos: viejos liberales, servidores de un culto laico, guardianes de un misterio sin misterios, han sido perseguidos y asesinados en este país por el simple hecho de ser diferentes, de reunirse en sus logias y de jugar a la religión como niños grandes, sin creérselo demasiado. Pero la Inquisición franquista necesitaba víctimas para sus peculiares holocaustos, y aquí ya no había judíos, porque los había matado siglos antes la Inquisición fetén. No, los masones no son brujos.

No es mi papel aconsejar o desaconsejar nada, pero no puedo dejar de preocuparme ante ese retorno de los brujos que ya anunciaron hace años Pawels y Bergler en ese compendio de banalidades aliñadas con salsa reaccionaria que llevaba el mismo título que mi columna de hoy. Francamente, seguir en serio por el camino de la magia me parece un error. La magia no ha funcionado nunca, es una técnica que no sirve, desde luego. Y si ahora algunos empezamos a cuestionarnos la técnica que sí parece funcionar, y la ciencia, el aparato teórico que la sustenta, no sé por qué vamos a meternos en cosas todavía más antiguas, más inútiles. Me parece bien como literatura, como broma. Pero, por favor, no nos tomemos en serio. Y, sobre todo, no olvidemos que detrás del mago o del sacerdote está siempre el gobernante. ■ EDUARDO HARO IBARS.

las buenas (o por las malas). Aca-so la ciudad de Segovia —tan amorosamente estudiada en un libro ejemplar de Martínez Pison (1)— haya sufrido menos que su provincia. Pero no se ha librado de actos vandálicos. El último, a juicio de entidades ciudadanas y ecologistas, la tala de casi un centenar de árboles del siglo XVII. Cien árboles con tres siglos son treinta mil años de vida vegetal. Casi una eternidad.

■ V. M. R.

realizado por una mujer. Es curiosa esa fascinación, digo, porque el cine de Marguerite Duras es un anticine. Y no ya porque prescindiera de las narrativas tradicionales (lo que en cualquier caso sería un respiro por la posibilidad de devolver a la imagen una fuerza expresiva que en cierto modo los moldes narrativos han destrozado), sino por que la Duras prescindiera realmente de la imagen. "India song" es un texto literario ilustrado a contrapelo



"India song", de Marguerite Duras.

(1) "Segovia: evolución de un paisaje urbano", Eduardo Martínez Pison, publicaciones del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Ver TRIUNFO, número 739: "Razón histórica de una ciudad".

CINE

"India song"

Es curiosa la fascinación que produce Marguerite Duras a tantos aficionados al cine —fundamentalmente franceses, claro está—, dado el inevitable chauvinismo que padecen, fundamentalmente feministas también por su continua apropiación de lo

por unas secuencias más o menos inmóviles y sobre todo repetitivas, morosas y generalmente huecas. Es curioso que se diga que "India song" es ya la mejor obra de Marguerite Duras cuando creo que no llega a la altura de una obra cinematográfica, sino, en cualquier caso, a un apunte de ciertas posibilidades del cine —renunciar al propio cine— para describir un estado de ánimo o una anécdota. Lo que se hace en "India song" es contraponer la imagen al sonido de forma desarticulada, de manera que sólo en el texto que se oye pueda encontrarse la razón de la no-imagen, y es curioso que aun hoy eso parezca renovador. Entiendo que a raíz de mayo de 1968, el "nuevo cine" de Marguerite Duras impresionase a cuantos habían pensado en la po-